

ARTE CONTEMPORÁNEO EN AMÉRICA LATINA

Edward J. Sullivan (ed.)
 José M^º. Faerna García-Bermejo
 (coord. edición española),

Arte latinoamericano del siglo XX

Ed. Nerea, Madrid, 1996, 352 pp.,
 310 ilustr.



Podría decirse que todo lo relativo a América Latina está de moda. Sin embargo, parece ser que las situaciones política, social y económica, en sus aspectos más problemáticos son los que realmente han

estado siempre de moda o, mejor, en boca de todo el mundo, especialmente del europeo, causante de tantos enfoques *emic* y sobre todo *etic*, amén, obviamente, de generador de viejas culturas colonizadas.

Pero a pesar del sarampión europeísta en que España, sin dejar de ser Europa, se ha visto inmersa y aún -como bien sabemos- continúa (esperemos que concluya en buenos frutos y no sólo de corte economicista), podemos decir que todo lo que ocurre en aquel continente -tan alejado en millas náuticas pero tan próximo a nosotros por las *circunstancias* históricas e idiomáticas- ha pasado en los últimos años a estar igualmente de moda y precisamente, más que nunca, en las esferas del pensamiento, la investigación compartida y, en definitiva, cuanto se incluye en el vasto territorio de lo que modernamente se entiende por cultura y, lógicamente por tanto, también en lo concerniente al universo de la plástica.

Más -y he aquí el motivo de esta recensión bibliográfica sobre este estudio, cuyo discurso crítico manifiesta un tratamiento renovador de la materia- lo que empieza a sorprender favorablemente es que sea el universo artístico circunscrito a la contemporaneidad y sus proximidades lo que despierte gran interés, comience a airearse y valorarse, difundiéndose en exposicio-

nes y ferias -también en la vieja Europa- además de materializarse en pertinentes estudios que van tejiendo la historia de unas prácticas artísticas y la estética de unas formas, en su correlato icónico y objetual, dignas de la mayor atención.

Recordemos al respecto, y por lo que a nuestro país concierne más recientemente, la magna exposición que organizada conjuntamente por el C.A.A.M. de Las Palmas de Gran Canaria y la Fundació "La Caixa" tuvo lugar tanto en dicho Centro Atlántico de Arte Moderno como en el Centre d'Art Santa Mònica, de Barcelona, bajo el título *Cuba siglo XX. Modernidad y sincretismo*, así como el amplio apartado dedicado al arte actual latinoamericano en la edición 1997 de la Feria Internacional de Arte Contemporáneo ARCO.

Es precisamente, pues, en este contexto o bajo este prisma el que consideremos muy saludable la aparición de obras como la titulada *Arte Latinoamericano del siglo XX* que coordinada por Edward J. Sullivan, director del Departamento de Bellas Artes de la Universidad de Nueva York, ha publicado en lengua española la Editorial Nerea.

Dos destacadas virtudes, de momento, adornan este trabajo: una, que aparece como el primer estudio de conjunto publicado sobre el tema. Y dos: que los especialistas que ofrecen sus correspondientes trabajos lo hacen sobre sus respectivos países. De lo que, evidentemente, se colige que nos los presentan bajo un punto de vista que les es consustancial: el latinoamericano; y según su visión nacional del asunto: la que su personalidad e ideología les hace concretar sus respectivos conocimientos de peculiar modo. Tal variedad de enfo-

ques permite, pues, que cada ensayo refleje con bastante claridad los distintos posicionamientos estéticos actualmente existentes en las artes plásticas del Nuevo Continente, objeto de análisis, eliminando cualquier tentativa de monolitismo cultural.

Con todo, y aun siendo muy importantes, no son éstas las únicas virtudes del libro si nos detenemos y pensamos que en el estudio académico de la pintura, escultura, etc... del siglo XX latinoamericano son demasiadas las ocasiones en que lo encontramos centrado en grandes figuras o tendencias artísticas *fuertes* por su derivación/adscripción (con las pertinentes características propias) a las históricamente ya establecidas, pero sin conectarlas de forma rigurosa y eficaz con un contexto realmente (representativamente) general, extremo que sí cuida la susodicha obra.

Cuando no es el caso en que se han confeccionado estereotipos y propagado calificativos y variopintas expresiones (surrealismo, realismo mágico, exotividad, cromatismo exhuberante, etc.) que han funcionado como clichés distorsionadores de la cultura plástica de los países de habla española y portuguesa. Y ésto en el mejor de los casos, ya que durante muchísimo tiempo los medios académicos occidentales (europeos-norteamericanos) han tenido al arte latinoamericano, brasileño o caribeño como periférico, extraño o marginal.

Por otra parte, y por si fuera poco, la lectura de este ramillete de claros ensayos coordinados, no solamente facilita un modo renovador de enfocar la materia de la cual se ocupa, sino que pretende ir más allá del estudioso o del especialista (a quienes -todo hay que decirlo- sin duda

les puede saber a poco) estimulando una atractiva intromisión en este campo de conocimiento y sensibilidad -y *locus* geográfico- a cuantos interesados en el fenómeno artístico en particular sean capaces de acercarse al mismo como sector fecundador e insoluble del universo cultural.

Hemos de reseñar, antes de proseguir con el comentario, que en *Arte Latinoamericano del siglo XX* sobresalen los estudios pictóricos sobre otras facetas del quehacer plástico, de modo que el peso de la pintura es abrumador en comparación con las demás manifestaciones artístico-visuales, cuyo grado de atención va desde dicho protagonismo pictórico hasta el grado cero arquitectónico, pasando con diversa intensidad por la escultura, gráfica, instalaciones o el somero análisis de la fotografía.

Ciertamente ya no estamos en la época dorada de los manuales ni de las enciclopedias como *media* cuasi sagrados para hacer ver que se sabe globalmente de una materia, pero también es cierto que de vez en cuando -y quizá más de lo que asimismo en estos momentos sucede- es saludable que aparezcan obras como la comandada por Sullivan que sin ser un manual -eso está claro- suministran con rigor y seriedad, aunque pueda considerarse a guisa de esquemático compendio totalizador, la historia del arte contemporáneo de Latinoamérica. De manera, pues, que el conjunto de textos escritos por diecisiete autores, además del mencionado Sullivan -Giulio Blanc, Rina Carvajal, Teresa del Conde, Ticio Escobar, Enrique García-Gutiérrez, Alicia Haber, Milan Ivelic, Mónica Kupfer, Natalia Majluf, Ivo Mesquita, Jeannette Miller, Gerardo Mosque-

ra, Lenín Oña, Marcelo Pacheco, Ivonne Pini, Pedro Querejazu y Víctor Zamudio-Taylor- y de contar con una amplia nómina de colaboradores -directores editoriales de Phaidon, entre otros- y personas que han cedido el importante material fotográfico, qué duda cabe que contribuyen a llenar un poco o un mucho, según se mire, el vacío globalizador -que no uniformizador- y de visión conjunta y conjunta, tan necesario para mejor hacer valer el arte latinoamericano del presente; el cual, lógicamente, no se nos ofrece conceptual ni *físicamente* como exhaustivo, pero sí con la virtualidad de que, una vez leída la obra completa, va a propiciar actitudes intelectuales que, yendo más allá de esta serie de ensayos -con voz propia cada uno de ellos-, puedan favorecer la ampliación de conocimientos artísticos de un determinado país o subárea regional; al tiempo que su lectura despeje tópicos ideas o prejuicios sobre la potencialidad de un ámbito de creación que, a pesar de erigirse como muy vasto geográficamente, no ha sido proporcionalmente valorado en su justeza, especialmente en el tramo comprendido desde el final de la Segunda Guerra Mundial hasta nuestros días.

O bien, cuando lo ha sido, se han dicotomizado en exceso tanto, por un lado, los débitos a los movimientos originados en Europa (vanguardias históricas) como, por otro, la originalidad del aquel lado del Atlántico como marchamo o combinado de fantasía desbordada, exotismo americano, frescura de raíces autóctonas, etc..., obviando la complejidad de toda esa suerte de "encuentros culturales" de los que, por cierto, tanta propaganda se hizo con motivo de las conmemoraciones del V Centena-

rio, cuando -de nuevo es preciso insistir- para encarar científicamente una realidad se requieren más dosis de sentido crítico y de analítica comparativa a fin de desarrollar un más que aceptable discurso sobre la interconexión cultural que se debata; en este caso se trataba de dos *mundos* fuera cuales fuesen los ámbitos, terrenos o esferas donde se dirimiesen los tópicos.

Como viene a decir Sullivan en el Prefacio, la intención de *Arte Latinoamericano del siglo XX* es tapar, como ya avanzábamos, parte del hueco existente en lo tocante a contar con obras que de forma rigurosa y provista de buenas imágenes expusieran la historia del arte contemporáneo latinoamericano. Así pues, su proyección apunta tanto a los no versados en la materia, por cuanto que esta publicación les conduce por los intrincados vericuetos de estilos y géneros de los movimientos artísticos habidos en este continente a lo largo de este siglo; como a los expertos, por cuanto todo este compendio de ensayos aporta un gran caudal de información, no siempre fácil de reunir en un único volumen, que lo convierten en una herramienta asaz útil. Y, en definitiva, tanto para unos como para otros les permite conocer y detectar claramente una serie de sustanciales factores en orden a un mejor aquilataamiento del arte latinoamericano actual, sin desvinculación de otras claves culturalistas.

En este sentido, el análisis de las diversas poéticas tratadas -coherente con el diversificado ritmo de identificación nacional- permite resaltar en unos casos cómo muchos artistas elaboran su discurso plástico a partir de determinados sucesos o acontecimientos políticos. Es inne-

gable que la politización del arte latinoamericano ha sido un hecho a lo largo del siglo XX, apuntando a todo un rosario de movimientos revolucionarios sociales y utópicos, y subsiguientes secuelas de persecuciones, torturas y exilios, que han dado temática e iconográficamente mucho de sí. De ahí que el compromiso moral y social de incontables manifestaciones culturales de aquellos países todavía sigue trasluciéndose, hoy en día, con mucha más energía e incomparablemente con mayor amplitud que en Europa, ya que los procesos de afirmación de la identidad nacional, superación de desfases y reequilibrios económicos del tejido social, así como el papel que en el mundo les corresponde dignamente representar, están todavía en ebullición y por consolidarse a mejor. Y al haber sido los modelos de desarrollo tan diversos, y con un ritmo de implantación tan diferente a lo largo y ancho de aquellas tierras, es comprensible que los procesos de consolidación de los parámetros contemporáneos básicos de la cultura también hayan experimentado, a lo largo de este siglo, la correlativa diversidad. O dicho en otros términos: si América Latina constituye un complejo donde la diversidad es su nota básica, si el tejido cultural de cada zona concreta es una especie de conclusión de una amalgama de varios y hasta encontrados elementos, qué no diremos de las herencias o transvases culturales que recibieron tales territorios desde otros puntos del globo, tanto de la metrópoli y países expansionistas europeos como de procedencia africana, por no mentar las sucesivas inmigraciones centroeuropeas (sobre todo a países como Argentina y Brasil) cuyas aportaciones a

la esfera artística asimismo se explicitan en el libro.

A propósito de esto conviene observar cómo Sullivan justifica la definición de cultura latinoamericana a partir de países o acotamientos regionales aludiendo a la convincente postura de Marta Traba sobre lo que conceptúa como “país abierto” y “país cerrado”. Algo que permite comprobar aquellas naciones que tradicionalmente han sido más receptivas a las formas artísticas europeas, hasta hacerlas suyas, de aquellos otros países (“cerrados”) que siguen asimilando más extensa e intensivamente los rasgos culturales indígenas que los han caracterizado desde la época colonial. Y a propósito de estas consideraciones, no quisiera dejar de hacer hincapié en el acierto -por otra parte lógico si de ser rigurosos se trata- de incluir un apartado dedicado al *arte chicano*, ejemplo de resistencia en su relación neocolonial con EE.UU. mediante peculiares mecanismos de transformación para la supervivencia cultural. Algo que en el campo artístico toma cuerpo de un modo muy característico hasta llegar a articularse -como sostiene Zamudio-Taylor- en un esencialismo tácito, mezcla de nacionalismo cultural, multiculturalismo y corrientes postmodernas.

En resolución, todo un rico imaginario, pletórico de signa y símbolos visuales, de fecunda y fecundada temática -que ha dado lugar a varios repertorios formales con sus correspondientes apartados- se revisan en la obra de manera tal que la concreción de los análisis no impiden o dificultan, antes al contrario, ofrecernos una panorámica amplia y valiosa de toda esa trama de manifestaciones plásticas en que se materializa.

Por otro lado, es importante señalar cómo otros asuntos y cuestiones que en el imaginario plástico europeo parecen ya asumidos, han tomado el relevo temático en el de los países no desarrollados. Así, lo relativo a la preservación medioambiental y otros puntos de reflexión ecológica -que en pinturas e instalaciones de artistas europeos ya ha dado bastante de sí en la pasada década de los ochenta y principios de la actual- parece aquí, en el ámbito americano, centrado en denunciar *plásticamente* la destrucción de selvas, contaminación de aguas y expoliación de otros tipos de recursos naturales, por no olvidar -asociado con el concepto de paisaje en sentido amplio- cuanto se enraiza e inspira, por ejemplo, en leyendas o historias de pueblos indígenas que, al igual que éstos, están en trance de desaparecer y que, sin embargo, el arte es capaz de rescatar *estéticamente*; así como toda una serie de aspectos de esta índole (que, ciertamente, según unas u otras subáreas culturales detentan rasgos propios) que tanto juego dan y vitalidad aportan a la fenomenología plástico-visual, vienen a ponerse de manifiesto en algunos de los análisis efectuados.

Es evidente que el artista del siglo XX al viajar como jamás se hiciera en el pasado, tanto físicamente como -también en estos momentos- virtualmente (publicaciones ilustradas, video, autopistas y redes informáticas...), le ha permitido no quedar limitado espacio-temporalmente y recabar una enorme cantidad de información; de modo que tanto sus inquietudes y afanes temático-ideológicos como, por supuesto, lo referente a la instrumentalidad técnica, no han quedado aislados. De ahí que aun

cuando la zonificación por países correspondientes a otros tantos especialistas quede justificada por la forma de concebir la estructuración de la obra, no por eso el lector dejará de sacar sus particulares conclusiones al deducir o constatar -los ensayos dan pie a ello- los trasvases y capilaridades que entre no pocos artistas de unas y otras regiones existen en el segmento propio de nuestra contemporaneidad.

En fin, si los ensayos de este volumen propician que se cumpla el famoso lema del creador uruguayo Joaquín Torres-García -de universalista estética constructiva y tan inteligente teórico como enjundioso docente y célebre artista fue- de que "*Nuestro norte es nuestro sur*", posiblemente ya habrán servido de mucho.

Wenceslao Rambla Zaragoza

CONOCER Y REVISAR EL 98

Consuelo Naranjo Orovio
Miguel Angel Puig-Samper
Luis Miguel García Mora (eds.)

*La nación soñada: Cuba,
Puerto Rico y Filipinas ante el 98*

Actas del Congreso Internacional celebrado en Aranjuez del 24 al 28 de abril de 1995, Doce Calles, Aranjuez, 1996, 893 pp.

Las coyunturas de celebraciones y efemérides no son siempre, como bien puede suponerse, los marcos más adecuados para el avance de la investigación históri-

ca. Nos vamos acostumbrando sin embargo, una vez tras otra, a sus pálpitos y a sus ritmos compulsivos y, mal que bien, más de una vez se eligen en su honor -por los políticos, por los historiadores- no sólo los objetos científicos y los temas sino también, incluso, la presentación misma de los resultados provisionales -y oportunos- de esa investigación.

Pero la evocación del "98" que se acerca no es (no puede serlo) una conmemoración más, una efemérides deudora como otras, más circunscritas o más particulares, del ritmo escueto del inexorable calendario. Al menos, no lo será si se comprende bien, por quienes la ejerciten, como un vasto ejercicio de introspección y análisis, como una reconsideración plural del corto siglo XX que ya alcanza los límites de su cronología -para España también- en el contexto crítico de una realidad estatal y nacional no exenta de conflictos. Si se entiende, por fin, como una renovada oportunidad de restaurar -con la razón y de cara al futuro- los trazos y secuencias históricas de un pasado conjunto.

La rememoración del 98 será útil, también, si se aprovecha para sacar a flote desde el nivel freático en que se sumergieron por el olvido histórico los rasgos peculiares de cuantas circunstancias y actuaciones concretas inclinaron a una España que se sentía en declive, hace casi ya un siglo, a tratar de conservar, a cualquier riesgo y precio, los últimos fragmentos de un imperio, aquejados de males y riesgos muy diversos. De que hay historiadores suficientes que, discretos y oportunos, se dedican a sacar a la luz los hilos enredados de aquella bien compleja situa-

ción, mucho menos conocida realmente de lo que se supone, dan fe algunos textos colectivos de reciente aparición.

Entre ellos está, en lugar preeminente, *La Nación Soñada*, grueso volumen de espléndida edición conteniendo un amplio espectro de trabajos originales. Son muchos y valiosos los ejemplos del estado de la investigación reciente que se reúnen aquí, en este libro denso y apretado que recoge la participación historiográfica más numerosa, importante y especializada que ha sido reunida hasta la fecha en España, en una reunión científica internacional proyectada sobre la intervención colonial no africana de la España contemporánea, en sus últimos años de despliegue y formulación.

La Nación Soñada: Cuba, Puerto Rico y Filipinas ante el 98 ha sido editado por Consuelo Naranjo en colaboración con Miguel Angel Puig-Samper y Luis Miguel García Mora. Y contiene, a no dudarlo, muestras de calidad historiográfica extraordinaria junto a textos (los menos) que sugieren enfoques todavía poco experimentados o investigaciones incipientes, en proceso de contrastación. La mayoría de los trabajos muestra, no obstante, un interés y un atractivo suficientes como para considerarlos a esta hora -más de un año después de su versión primera, en el Congreso reunido en Aranjuez en abril de 1995- un potencial creciente en manos de quienes les dan firma. Resultaría imposible, sin embargo, particularizar ahora caso a caso, uno después de otro, todos esos esfuerzos de interpretación que se desgranán ordenadamente a lo largo de casi novecientas páginas de escritos muy diversos, elaborados sobre ideas y fuentes

que versan sobre las colonias españolas en vísperas precisas del 98, llegando a conclusiones que muchas veces son tan nuevas como sorprendentes, y escritos con frecuencia de manera apretada e intensa. Habremos de dar cuenta, siquiera sea somera, de quiénes son sus sesenta autores y, al menos, sobre qué asunto concreto han escrito aquí.

Hay en *La Nación Soñada* textos jugosos sobre los nacionalismos antillanos (de Paul Estrade, Dolores González Ripoll, Antonio Elorza, Jorge Ibarra, Luis Agrait, Ana María Calavera y Miriam Fernández Sosa), alguno más escueto sobre el filipino (Hélène Godet-Goujat) y uno biográfico, comprensivo y elegante, sobre el autonomista Rafael María de Labra, debido al ex-embajador Serrano de Haro. Los cuales quedan incluidos, todos ellos, en la primera parte del volumen, rotulada "Construcción y consolidación nacional". Además, en esa misma parte, aparecen estudios variados sobre un asunto igualmente clave, de novedoso planteamiento historiográfico visto desde España: se trata de la cuestión racial y su incidencia en la vida política de Cuba, tanto en la década anterior como después, inmediatamente, de la ruptura definitiva con España. Los artículos que tratan esta temática se deben a la autoría de Michael Zeuske, Consuelo Naranjo, Alejandro de la Fuente y Rebecca Scott.

La política colonial en sí misma no viene situada a continuación, sino que se reserva para una tercera parte del volumen, en la que se revisan los intereses ideológicos y políticos en presencia frente a la cuestión colonial y las actuaciones adoptadas por los protagonistas, al menos

algunos de los más decisivos e importantes, ya sean colectivos o particulares. De ello se ocupan autores como José A. Piqueras, Inés Roldán o José G. Cayuela. Hay también una pormenorizada atención a la presencia de otros varios actores subordinados (económica, política o socialmente), factores fluctuantes en la aplazada confrontación entre España y sus colonias (así los trabajos de Joan Casanovas, Luis Miguel García Mora o Astrid Cubano, respectivamente sobre movimiento obrero, autonomismo cubano y puertorriqueño). Dos textos más, situados al final, hablan también de Filipinas (Luis A. Sánchez Gómez) y de las Marianas (Belén Pozuelo).

La muy buena salud de la historia económica en España, en este punto y hora, se debe en parte al auge relativo de los estudios sobre el comercio americano realizados en las dos últimas décadas, como es reconocido. Historiadores que desde entonces han venido contribuyendo sustancialmente a sentar esas bases (Jordi Maluquer o Josep M^a Delgado) tienen aquí, en la parte segunda -la sección económica- de esta recopilación de trabajos diversos, una representación muy atractiva y rigurosa de sus investigaciones actuales en materia de relaciones coloniales. Una muestra que viene franqueada además, de manera muy satisfactoria, por otros trabajos importantes de historiadores de la economía procedentes de Cuba (Alejandro García Álvarez, M^a Antonia Marqués, Enrique Collazo, Doria González), de la propia España (José R. García López, Antonio Santamaría) o, en menor proporción, Puerto Rico (Juan A. Giusti). Banca, comercio, azúcar, tabaco y deuda

pública son los temas prioritarios de la exploración.

La parte sexta (titulada "Protagonistas de una guerra") presenta igualmente bastante unidad y cohesión interior. Aunque quizá alguno de los textos integrados (Luis E. Togores, Lanny Thompson) pudiera haberse inscrito con mayor coherencia en la última -y séptima- sección, la destinada a analizar la proyección internacional y los problemas básicos de índole exterior. Importa sin embargo destacar la tarea de exploración de fuentes y de archivos realizada sobre repatriados, deportados y soldados, tanto españoles como cubanos (Rafael Núñez, Carmen Barcia, M^a Dolores Domingo y Manuel De Paz), además de un estudio sobre el conflicto bélico y la imagen gráfica debido a la pluma siempre experta de Carlos Serrano.

Las partes cuarta y quinta, rotuladas en la edición quizá un tanto discutiblemente ("Enseñanza y sociedades", de un lado, y "Pasado y presente. Tradición y modernidad", de otro), contienen textos muy diversos en su objeto, metodología y entidad. Para el lector español interesado, sin embargo, me atrevo a considerar que todos ellos, sin excepción alguna, lograrán acertar. Hay quien orienta su atención hacia aspectos básicos de la construcción poliédrica del nacionalismo, tanto en Cuba (Teresa Muñoz, Carmen Almodóvar, Rolando García, Armando García) como en Puerto Rico, lógicamente enfocadas las cosas y las situaciones, de diversa manera (de Puerto Rico tratan Libia González, Carlos Pabón, Annie Santiago, Luis A. Ferrao y Mayra Urrutia). Y hay quien opta, por último, en estas mismas páginas, por enfocar aspectos muy distin-

tos de la organización sociopolítica de las diversas realidades implicadas (Alberto J. Gullón sobre la prostitución cubana a fines del XIX, Moisés Lordén sobre el asociacionismo español en Filipinas). También hay quien se ciñe en sus relatos al ámbito de época en su consideración de noticias de prensa (Aurea M. Fernández-Muñiz o Tomás Mallo), y quien, muy al contrario, se aventura en interpretaciones de presente de una realidad críticamente dura y permanente (Pablo Tornero sobre la actitud europea y norteamericana ante el 98).

La parte séptima, para concluir ya esta enumeración, trata de ponderar globalizadamente “Los significados del 98 en el contexto internacional”. Asunto estrella, podría sospecharse, de cara a un puñado de nuevos estudios que, en estos años últimos, se han ido perfilando. Algunos de los textos (enfoques desde México, panoramas de la situación transicional, como los que ofrecen M^a Teresa Cortés y Alfredo Uribe, además de Rosario Rodríguez) hablan especialmente de los Estados Unidos, lo mismo que resulta del escrito de M^a Dolores Elizalde, que presenta precisa y documentadamente el interés de la nueva potencia en expansión por hacerse con las Filipinas. La mayoría de los trabajos aquí inscritos intenta, trascendiendo sus límites de cronología y contexto específicos, globalizaciones y conclusiones político-internacionales de importancia (Manuel Espadas, Luis Alvarez, Cristóbal Robles, Josef Opatrny, Fernando García-Sanz). Y además, alguna de estas intervenciones, de alta calidad media, como el resto del volumen, resulta de especial utilidad por hallarse inspirada de voluntad

ponderativo y crítica respecto a la existente historiografía.

Por último quiero resaltar, porque quizá esto ayude al potencial lector a perfilar su visión de conjunto sobre lo que esta obra colectiva supone en fin, el hecho de que la excepcional activación científica y proyección editorial desarrollada a propósito del Caribe hispánico por Consuelo Naranjo con este libro colectivo e importante vienen precedidas, desde hace unos años, de otros esfuerzos anteriores de la misma historiadora del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, también importantes aunque ninguno, me parece, de la trascendencia y alcance de éste que vengo comentando. Alguno de ellos se halla publicado igualmente -con cuidado exquisito en la tipografía-, en años recientes, en la misma editorial y dentro de la misma colección.

Cierra el volumen una utilísima bibliografía de las obras citadas en los textos, a la que sigue un índice completo de los autores incluidos en la recopilación. Nadie podrá doblar la esquina del 98 alegando ignorancia sobre las colonias y, mucho menos desde luego, falta de información.

Elena Hernández Sandoica

ENTRE LA IN Y LA DEPENDENCIA DE HISPANOAMERICA

Jaime E. Rodríguez O.

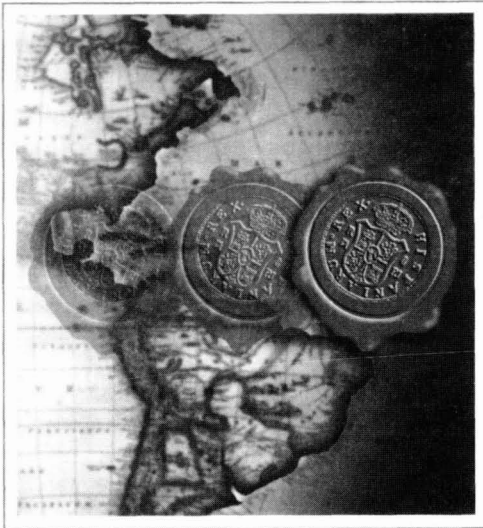
La independencia de la América española

El Colegio de México, Fideicomiso Historia de las Américas, Fondo de Cultura Económica, México, 1996, 306 pp.



Jaime E. Rodríguez O.

La independencia de la América española



*Fideicomiso Historia de las Américas
Serie Ensayos*

Perdónese la licencia.

El partido va a comenzar. En el estadio “Imperio”, el mayor del mundo, no que-

dan localidades. Desde hace tiempo sólo se habla de este encuentro, sin embargo nadie se atreve a convocarlo. Un imprevisto ha hecho que se precipite el singular enfrentamiento. El equipo se ha dividido, para satisfacción de sus rivales, en dos. El combinado peninsular y el americano. Multitud de corresponsales se han acreditado para narrar las particularidades del acontecimiento.

El partido comienza. Los ahora equipos rivales han sido durante años compañeros en un sólo equipo, el hispano. Se conocen, son amigos, hay parentescos familiares, e incluso, han tenido al mismo entrenador, el Monarca.

El partido es narrado, posteriormente será contado, más tarde inventado y después, sólo después, interpretado. No nos sorprende la evolución de este hecho histórico, sino su interpretación parcial, dado que sólo unos pocos se interesan por las evoluciones de los dos equipos, por buscar explicaciones dialécticas a esta confrontación.

La mayor parte de los narradores, lo hacen por separado, explican su historia, las particularidades de cada jugador, en especial de los más importantes a los que se glorifica, las influencias británicas, francesas y norteamericanas, se recrean en las jugadas más destacadas, en los regates prodigiosos, en la resistencia tenaz y heroica de la defensa y, evidentemente, las acciones violentas y a *traición* del equipo contrario.

Sin embargo, en casi todos los relatos, hay elementos comunes. El oponente parece no existir. Tan sólo aparece mencionado como reafirmación del equipo protagonista frente al otro.

Con tanto corresponsal, se cree que el partido está analizado desde todos los puntos de vista. Y en cierta medida es así. Si no fuera porque el fútbol, al igual que la independencia de Hispanoamérica, se entiende parcialmente si no se contempla en la descripción del juego los dos equipos, la relación dialéctica que imprime uno sobre el contrario, las respuestas de uno y la capacidad de reacción del otro, las acciones de los agentes externos al desarrollo, el apoyo del público, las decisiones del árbitro, la presión de los medios de comunicación, etc.

Jaime E. Rodríguez no es ajeno a esta problemática dialéctica en su estudio sobre la independencia en Hispanoamérica. Su investigación le ha llevado a indagar en diversos archivos americanos y españoles, de Estados Unidos y europeos. Su trayectoria investigadora, en plena madurez, así lo refleja. Participa, participamos, de una concepción más amplia del proceso revolucionario de independencia hispano y americano que rebasa la estrechez de las perspectivas históricas estrictamente nacionales, tanto peninsulares como hispanoamericanas. Entre otros aspectos porque los estados nación, peninsular y americanos, se van a crear en esta coyuntura histórica, al igual que sus historias nacionales que para reafirmarse en su invención de la nación legitiman los estudios introspectivos, en un alarde mecanicista que excluye el contexto histórico universal.

Mantener la tesis, frente a las historias oficiales española y americanas, que la revolución de independencia fue un proceso de cambio amplio, hispano, coyuntural y autonomista, que afectó, en una

coyuntura temporal corta, a una pluralidad de territorios formados y estructurados en la Monarquía hispana, sigue siendo revolucionario. Lo es cuestionar los mitos heroicos contruidos por la Historia Oficial, y lo es más aún descenderlos de los altares para historiarlos como hombres representantes de una clase dirigente.

Frente a tesis arcaicas y populistas de la Historia Oficial, frente al legado de la historiografía tradicional española del XIX y XX, superando el influjo de la tesis de "la revolución atlántica" de R.R. Palmer y J. Godechot, de las diversas interpretaciones sobre las emancipaciones o "mayoría de edad" política y económica o de "neoimperialismo" del siglo XVIII español la tesis sobre el de John Lynch, Jaime Rodríguez plantea propuestas renovadoras como son un diálogo constante entre el tiempo y el espacio histórico entre 1808 y 1826, entre los acontecimientos que unen, dividen, condicionan y reaccionan en ambos mundos, entre la dialéctica de la Monarquía hispana y sus contradicciones en la Península y América, entre los sujetos históricos que en la Península pretendían hacer la revolución y el legado de esta tradición en las futuras independencias, en especial en el Norte hispano

Lo revolucionario en esta ocasión, es que el análisis de Rodríguez es coherente, y no nos referimos a sus presupuestos metodológicos y teóricos, de los que participamos y en otras ocasiones disentimos, sino con su objeto de análisis histórico. Interpreta las independencias como las partes que se dividen del todo, buscando la causas y la acción entre ellas, en su dimensión peninsular, interamericana y entre peninsular y americana, busca estas

explicaciones en la comprensión histórica de la Monarquía española del XVIII, en sus contradicciones y en sus nexos de funcionamiento, por lo que la causalidad en la explicación última es ajena a argumentos mecanicistas, a interpretaciones nacionalistas, a explicaciones parciales, o metropolitanas. Ahí radica, creemos, uno de los aspectos más sugestivos de esta obra.

La obra está dividida en cuatro partes. La primera está dedicada a la interpretación del Imperio en América desde una vertiente hispana, la segunda dedicada al estudio del impacto de la invasión francesa en la Monarquía hispana, la convocatoria de las Cortes liberales y la elaboración de la Constitución de 1812, la tercera está dedicada a la restauración del absolutismo y sus consecuencias y la cuarta a la explicación del triunfo de las independencias.

En la primera parte, Jaime Rodríguez rastrea en las raíces intelectuales y jurídicas de la Monarquía hispana las razones de la gestación, durante el siglo XVIII, de lo que el autor denomina *identidad americana*, lo que le lleva a un amplio recorrido por el mundo cultural del Setecientos hispano. Para Rodríguez fueron, especialmente, las bases intelectuales escolásticas, hispanas las que utilizarán los ilustrados criollos para confrontarlas con las reformas carolinias del último tercio del Dieciocho. Esta "revolución intelectual" y la proliferación de espacios de politización, tertulias, cafés, periódicos, etc., serán para Rodríguez el substrato ideológico, a la vez que justificador, en el que los criollos basarán su actuación política independiente al aprovechar la coyuntura bélica en la Península. Lo cual aleja a esta obra de

la explicación general de John Lynch, extrapolada de las tesis de la historiografía estadounidense sobre *su* independencia frente a Gran Bretaña. Rodríguez propone, además de las contradicciones económicas, aspectos jurídicos y estructurales entre la concepción divergente del Estado de las dos dinastías monárquicas. Es en esta parte donde se echa, quizá, de menos una mayor profundidad en las explicaciones causales de tipo económico y social.

A nuestro entender, la parte más trascendental de la obra reside en la segunda parte -tercer capítulo- que trata sobre el nacimiento del gobierno representativo en el mundo hispano. El autor, desde presupuestos metodológicos dialécticos, establece un diálogo entre los sujetos históricos, los hechos y acontecimientos, sus efectos y las causas generales. El resultado es una historia integradora, plural, de dimensiones hispanas, esto es históricas, y por lo tanto de explicaciones de más amplio bagaje. Si el lector busca héroes, seguramente los encontrará, pero no los ensalzados habitualmente, sino unos Padres de la Patria que, antes de la reacción absolutista fernandina, proponían un Estado hispano, monárquico y federal. Las razones de su fracaso son otra de las claves históricas que desentraña esta obra.

1808. Decididamente la fecha une en la desunión. Es el inicio de la contemporaneidad, de lo que otros historiadores llaman *modernidad*, de lo que Jaime Rodríguez explica como la *revolución parlamentaria*. La guerra contra las tropas francesas tuvo la misma respuesta en ambos hemisferios, la misma estrategia juntera que correspondía a estructuras, económicas y sociales, jurídicas e ideológicas,

mentales y religiosas similares en ambos mundos, pero con sus particularidades, con sus singularidades. Ante esta crisis del Imperio, la Monarquía, ni en la Península ni en América se cuestiona. Del centralismo borbónico se pasó a la recuperación de las particularidades y privilegios austracistas y a la emergencia de juntas revolucionarias. Proceso que devendrá en génesis del federalismo, y una vez más, tanto en la Península como en América, tesis de la que también somos partícipes.

Esta coyuntura bélica, juntera, de reacción y revolución, también, se trasladó a América. El terror de las élites criollas al cambio de dinastía napoleónica era el mismo que el de las peninsulares. Argumento que Rodríguez resalta y opone a otro de los mitos de la independencia, su inevitabilidad. En especial porque en un detallado análisis, las aspiraciones por conseguir la autonomía no significaban necesariamente la lucha por la independencia. Entre la dependencia y la independencia hubo un largo camino de opción política hispana que quizá no se ha destacado convenientemente y que, afortunadamente, este libro rescata. Otra cosa será la interpretación que la historiografía nacionalista haga de ello en las repúblicas americanas... y en España.

Rodríguez recupera el verdadero valor, la verdadera trascendencia hispana de las Cortes y de la Constitución de 1812. Nos recuerda sus decretos, su importancia, la participación, trascendental publicación de los diputados americanos, la de la Constitución en los territorios americanos, la dimensión de sus decretos, ellos, la celebración de procesos electorales en ayuntamientos, diputaciones y Cortes, en

especialmente en América del Norte y del Centro, la movilización y politización que motivó las clases medias y populares en la abolición del trabajo forzoso, de la encomienda, del tributo y de la mita, etc. No es todo, en el diálogo hispano que propone también están contempladas las interacciones de estos decretos revolucionarios liberales hispanos con la oposición de las autoridades españolas reaccionarias y se verán con los diversos movimientos insurgentes que, en ocasiones, obligados a profundizar en sus propuestas democráticas.

Tras leer a Jaime Rodríguez, tras el estudio de las Cortes gaditanas desde una perspectiva hispana, puede sorprender que en una obra tan relevante como la *Enciclopedia de Historia de España* dirigida por el profesor Miguel Artola, no se haga ninguna mención a la importancia de esta dimensión americana en voces como Cortes de Cádiz, Constitución de Cádiz y Trienio Liberal.

A partir del estudio de esta tradición política, Rodríguez va a explicar las razones de los diferentes planteamientos y consecuencias de la independencia en las distintas repúblicas. Así este autor establece una división entre dos tradiciones políticas emergentes durante la independencia. La primera, gestada en la década de la guerra por la independencia, ajena a la tradición parlamentaria hispana, reforzaría en los nuevos estados el poder ejecutivo. Estos casos serían los de Venezuela, Colombia, Bolivia, Perú y Ecuador. Mientras que la segunda, heredera de la tradición parlamentaria hispana, reforzaría el protagonismo del poder legislativo y serían los casos de Nueva España y Cen-

troamérica. Por lo que respecta al Cono Sur, tanto Chile como Argentina crearían otras formas de gobierno.

Lo dicho, Rodríguez nos presenta una obra en la que el cuidado del espacio y tiempo es un requisito imprescindible para la comprensión del proceso de independencia desde una concepción dialéctica y

en donde sus causas y desenlace están reconstruidas desde la comprensión del mundo hispano, lo cual supone una historia política que abandona los estereotipos arcaicos y los héroes acartonados, lo cual siempre es saludable.

Manuel Chust